

082-044

EMILIO MOLA

LAS TRAGEDIAS DE NUESTRAS
INSTITUCIONES MILITARES

EL PASADO

AZANA Y

EL PORVENIR

LIBRERIA BERGUA

MADRID

1934

CAPITULO III

Sobre una posible reorganización racional de nuestro Ejército

Que la guerra puede estallar en Europa, es innegable; que, aun contra nuestra voluntad, nos podemos ver arrastrados a la lucha, está dentro de lo posible. Urge, pues, aprestarnos a la defensa, y para ello no existe otro recurso que disponer de una máquina de guerra adecuada, dentro de los límites que imponga la política nacional y la capacidad económica del país. Ser fuertes con el menor sacrificio: éste es el problema. Veamos si estamos en condiciones de resolverlo.

De momento, España no tiene ambiciones imperialistas. Las tendría forzosamente si el exceso de población superase al índice de lo que una producción agrícola e industrial, llevada a su límite máximo de intensificación, pudiera sostener, porque se da el caso que los hombres necesitan comer para vivir. El imperialismo—doctrina que propugna la necesidad de extender la dominación de un Estado sobre otro u otros por la fuerza—es, por lo tanto, una necesidad de los pueblos que se encuentran en determinadas condiciones. España está muy lejos de sentir esa necesidad de ex-

pansión, y, por tal motivo, no precisa de un ejército para ponerlo al servicio de la agresión; sino simplemente del indispensable para atender a su seguridad. El problema militar, planteado en estos términos, se simplifica extraordinariamente.

He dicho que España necesita el ejército indispensable para atender a su seguridad: concepto defensivo. Pero el concepto defensivo no excluye el ataque: éste es un principio que no ignoran cuantos han saludado, siquiera sea de paso, nociones de arte militar; es más, la defensiva absoluta—"pasiva", que se dice técnicamente—no es admisible, porque no puede conducir más que a la derrota. Esto no quiere decir que, ante el peligro de una agresión, hay que anticiparse atacando; sino que, en el caso de ser atacados, hay que reaccionar enérgicamente contra el agresor.

¿Puede España mantener un ejército de esas condiciones, sin que ello suponga un sacrificio que rebase sus posibilidades, tanto en hombres como en recursos económicos? Factor humano sobra si la moral se cultiva y fomenta; recursos económicos existen los suficientes, administrando como es debido. Lo que hace falta es estudiar la forma por la cual, manteniendo en la paz unos efectivos modestos, muy modestos, se pueda, en caso de guerra, incrementarlos hasta el máximum sin gran quebranto de la eficiencia militar. Para ello lo primero es implantar una organización militar adecuada: factor técnico; lo segundo, hacer Patria: factor moral; lo tercero, que al despilfarro actual sustituya la austeridad: factor económico.

Factor técnico:

Desde hace bastantes años, los Gobiernos, por razones de índole política, se han visto obligados a reducir el tiempo de permanencia en filas a límites que no permitían

pesar del esfuerzo que realiza el Cuerpo de oficiales, dar a los hombres ni aun siquiera un ligero barniz de soldados: hoy, prácticamente, el servicio es de un año y ya se habla de reducirlo a seis meses. Si a esto se añade que el armamento y material modernos son cada día más complejos y de más difícil utilización, al punto de que el empleo de cada elemento constituye por sí una especialidad, que exige en el que ha de aprenderla un grado de relativa cultura para poder dominar su técnica, nos encontramos con que la enseñanza militar es una pura ficción, que, sin proporcionar beneficio alguno, en cambio, produce en los instructores un desgaste de energías desmoralizador; pues no hay nada que tanto desaliente como llegar al convencimiento de que el trabajo desarrollado es completamente estéril.

Como no es posible volver al servicio de tres años —tiempo mínimo que en la actualidad se necesita para hacer de un hombre un soldado útil—, porque ello provocaría la protesta airada de todo el país, hay que buscar una solución que permita compaginar la obligada reducción del tiempo de servicio de los reemplazos con una perfecta enseñanza militar. A mi entender, no existe más que la siguiente: el ejército profesional.

Este ejército constituiría, por otra parte, la más sólida garantía de seguridad del Estado en sus convulsiones internas, pues, integrado por hombres de vocación militar, que sobre tener en su mayor parte asegurado un porvenir pasable y hallarse, además, alejados de las luchas políticas, a causa del régimen especial a que forzosamente habría de someterseles, serían impermeables a toda clase de propagandas extremistas. Sin necesidad de recurrir a buscar ejemplos en el extranjero, la confirmación de lo expuesto nos la da la tropa de nuestra Guardia Civil; la tropa de ese

|||

Cuerpo benemérito, que no obstante los desaguisados con ella cometidos y de cuanto se ha hecho por labrar su desprestigio, conserva íntegras su solidez moral y su disciplina, y ni por un momento ha vacilado nunca, por difíciles que hayan sido las circunstancias, en sacrificarlo todo al cumplimiento del deber.

El ejército profesional, organizado en un número reducido de divisiones nutridas—creo que seis serían suficientes—, perfectamente equipadas y dotadas de armamento y material, podría estar integrado por voluntarios solteros, divorciados o viudos sin hijos, cuya edad de enganche no fuera inferior a los veintitrés años ni superior a los treinta, que supieran leer y escribir, y hasta poseer cierta cultura elemental. El compromiso de enganche—cuatro años—sería susceptible de ser prorrogado, concurriendo en los individuos determinadas circunstancias. Los que, dentro del segundo año de servicio, por su salud, conducta y demás condiciones, demostrasen tener aptitudes para la profesión, pasarían a formar el cuadro de clases subalternas, las que, a su vez, tendrían fácil acceso a las escalas activas del Cuerpo de oficiales o a las de reserva, en el caso de que los interesados prefiriesen orientar sus actividades en la vida civil, en la cual, mediante disposiciones especiales, hallarían amplios cauces para desempeñar funciones en la Administración Pública o Empresas subvencionadas por el Estado; mas siempre con la obligación de acudir a filas en caso de movilización.

Puesto en práctica el sistema que acabo de bosquejar, en un plazo de tiempo relativamente corto, contaríamos con un considerable número de clases y oficiales disponibles que, sin pesar sobre el presupuesto de la Guerra, serían los suficientes para completar los cuadros de las unidades re-

sultantes del desdoblamiento de las divisiones permanentes, las de reserva y aun servir de base para la organización del ejército territorial, indispensable en caso de guerra.

No se me oculta que con tal sistema, por muchas que fueran las ventajas que se concedieran, el número de hombres movilizables sería siempre reducido. Para compensar este inconveniente habría que mantener, a su vez, el sistema de recluta obligatoria por reemplazos anuales. Los individuos de esta procedencia, a su llegada a los depósitos —establecimientos donde con absoluta separación de las unidades del ejército profesional habrían de recibir instrucción—, serían clasificados en tres categorías, con arreglo a la instrucción premilitar que acreditaran, permaneciendo en filas cinco, diez o quince meses, según el grupo en que fueran incluídos. Una parte de este tiempo, que bien pudiera ser la quinta, lo servirían en las unidades del ejército profesional para efectos de completar la instrucción y practicar el servicio, pero sin que ello implicase tuvieran que vivir mezclados unos con otros, salvo casos de asambleas, maniobras, guerra o preparación para ella. Los soldados procedentes de los reemplazos ordinarios constituirían, por lo tanto, el “relleno” en caso de movilización; proporcionarían, además, personal para nutrir las escalas de complemento.

Para lograr, sin perjuicio de la eficiencia militar y con el menor gasto, la reducción del servicio activo a los plazos señalados, sería indispensable establecer la educación premilitar en forma que fuera compatible con los estudios o actividades de la juventud; instrucción premilitar que, para ser sólida, debería iniciarse en la escuela, seguir durante la segunda enseñanza y terminar en la universidad. Ya sé que esto sería difícil de conseguir, dado el ambiente que hoy

reina en los centros de enseñanza oficial, aunque es muy posible que una acción de gobierno bien orientada, de labor sutil más que de imposición, llevaría el ánimo del profesorado al convencimiento de que, para asegurar la vida y prosperidad de la Patria, es necesario poseer Ejército.

Tanto por si el sistema anteriormente propuesto fracasaba—que no lo creo—como para instruir a quienes no concurrían a dichos centros de enseñanza, se podían establecer otros de carácter particular; pero sin que los certificados de aptitud por ellos expedidos tuvieran otro valor que el de proporcionar una orientación en los depósitos de instrucción al disponer los exámenes para la clasificación en categorías.

Según mis cálculos, con el sistema mixto de reclutamiento propuesto, en un plazo inferior a diez años, sin grandes sacrificios, estaríamos en condiciones de poner sobre las armas, en muy pocos días, perfectamente instruidos y encuadrados, ~~288.000 hombres, agrupados en doce divisiones de primera línea y seis de segunda, con un efectivo de 16.000 cada una, más un núcleo de 12 a 15 mil hombres para atender a los servicios de cuerpo de ejército y ejército (1)~~. Claro que trescientos mil soldados es un número demasiado modesto, comparado con los efectivos que las diversas naciones han movilizad durante la guerra mundial; pero, desde luego, son los suficientes para hacer frente a una agresión e imponer respeto al adversario en los primeros momentos de una guerra.

El Cuerpo de oficiales podría estar constituido por tres

(1) No soy partidario de las divisiones superiores a 16.000 hombres, pues, aparte de que ~~nuestros generales no están acostumbrados a manejar grandes efectivos, resultan demasiado pesadas y poco aptas para operar en un territorio tan accidentado como el nuestro.~~

agrupaciones: técnica, de reserva y de complemento. La primera, integrada por personal procedente de los Colegios militares y de las clases subalternas del ejército profesional; la segunda, por el perteneciente a éstas que hubiera optado por orientar su vida en las actividades civiles y por el de la técnica que voluntariamente se hubiese separado del servicio activo antes de cumplir la edad de retiro forzoso; la tercera, por el de reemplazo ordinario que poseyera cierta cultura y se hubiese sometido a determinadas pruebas con resultado satisfactorio. Sólo podrían aspirar a ingresar en el generalato los de la agrupación técnica diplomados de Estado Mayor; los de complemento tendrían la limitación de su carrera en el empleo de capitán.

Como creo es un error, dado nuestro particularismo característico, el sistema de las Academias especiales para la recluta directa de la oficialidad, abogo por el que implantó el general Primo de Rivera, aunque con algunas modificaciones. La primera de ellas, que las especialidades, salvo las de Estado Mayor, Industrias y Aviación, se siguieran en el mismo Colegio general militar y que los oficiales no pudieran ser declarados aptos para prestar servicio en las unidades del ejército profesional sin haber practicado en unidades de las Armas hermanas; la segunda, que la recluta del personal de Aviación y Aeronáutica se efectuase entre la oficialidad técnica y la del Cuerpo general de la Armada, pero sin perder el derecho a reingresar en las escalas de procedencia en los casos que, por pérdida de facultades físicas u otras circunstancias, no resultasen sus elementos aptos para el servicio del aire.

Las funciones de Estado Mayor sólo podrían estar desempeñadas por los oficiales y jefes que hubiesen cursado con aprovechamiento estudios en la Escuela de Guerra.

En buena doctrina militar, el mando del Ejército, no la administración, debe recaer en el general jefe del Gran Estado Mayor o del Estado Mayor Central—el nombre es lo de menos—, en quien, a su vez, procede esté vinculada la función de generalísimo en caso de guerra; el mando de los ejércitos, en otros generales, que bien pudieran ser los que en la paz desempeñaran el cometido de inspectores regionales. Una Junta Superior, integrada por elevadas personalidades políticas, de la que habrían de formar parte aquél y el jefe de las fuerzas navales, exclusivamente en calidad de técnicos, debería ser la llamada a dirigir la política militar del Estado, tanto en paz como en guerra. Es éste un asunto en el que conviene deslindar bien los campos, para que el país sepa en su día a quiénes ha de exigir las responsabilidades que se deriven de una campaña, que al mando militar sólo deben afectar en el acierto o desacierto de la ejecución de las operaciones.

Constituído el Ejército nacional con arreglo a las normas anteriormente expuestas, al decretarse una movilización, automáticamente las divisiones permanentes se desdoblarian, constituyendo las fuerzas de primera línea. Con cuadros extraídos de ellas y el personal en situación de reserva y complemento que inmediatamente siguiera en antigüedad al de las activas, se organizarían las terceras divisiones (de reserva), dotándolas en el primer momento del material que, por ser anticuado o haber sido ya usado, no conservase íntegras sus cualidades técnicas. Simultáneamente se nutrirían las unidades afectas a cuerpos de ejército y ejércitos.

De todo esto no hay en la actualidad nada previsto, ni lo hubo durante la Monarquía, constituyendo un verdadero fracaso cada vez que se intentó ensayar teóricamente—en

el papel—la movilización de algunas unidades, lo que demuestra la catástrofe que hubiese sido haber pretendido hacerlo de veras. El señor Azaña, en el preámbulo del proyecto de ley referente al reclutamiento de la oficialidad, dijo que ya se habían dictado algunas normas para la movilización general, dando, sin duda, por hecho lo que estuvo en su ánimo hacer; pero no hay tal. La redacción de una Memoria sobre un *Viaje de Estado Mayor al Priorato*, es el estudio de una hipótesis, tan distante de la realidad como el día de la noche; la publicación de un *Reglamento de Movilización* sin preparar los cuadros y adoptar otra serie de medidas indispensables, es menos todavía: literatura.

Tratar de reorganizar el Ejército sin sentar los principios de una movilización, es tiempo perdido. Hacer un plan y traducirlo en órdenes, es cuestión de trabajo y apenas cuesta dinero.

Factor moral:

Es inútil cuanto la técnica pueda hacer para organizar un ejército, si previamente no se prepara la opinión pública y, lo que es más interesante, si a la juventud no se le inculca, desde su más tierna infancia, el sentimiento de amor a la Patria y el del ineludible deber de defenderla con las armas cuando se halle en peligro. Esta es misión de los padres en el hogar, del maestro en la escuela, del sacerdote en el púlpito, del profesor en la cátedra y, sobre todo, de los poderes públicos, contrarrestando así, con perseverancia y sin desmayo, la obra demoledora de los derrotistas—no pocas veces agentes a sueldo de organizaciones extranjeras—y de quienes estiman que las obligaciones del ciudadano no son otras que lograr un máximo salario con un mínimo esfuerzo, hablar mal del rico si se es pobre

o del pobre si se es rico o de ambos a un tiempo si no se es ni lo uno ni lo otro, acudir a las urnas de vez en cuando armado de la papeleta electoral formidable, con más rencor hacia el adversario político que cariño hacia el simpaticante, y envenenarse el espíritu con la lectura de doctrinas redentoras, no siempre digeridas, y en la mayor parte de los casos no sentidas por los que las escriben.

La labor de creación de un sano sentido moral en España está olvidada por completo, y lo más lamentable es que hoy no puede hacerse en los cuarteles como antes, debido a la reducción del tiempo de permanencia en filas. A esta labor le dan en otros países una importancia extraordinaria, procurando por todos los medios cultivar el espíritu del niño y del adolescente, al mismo tiempo que se trabaja sin descanso en fortalecer físicamente la juventud, fomentando la afición a la gimnasia y al deporte, con lo cual se consigue, además, retrasar en la pubertad el ansia por satisfacer ciertos deseos que, si bien son naturales, no es prudente saciarlos en edades en que ni el hombre ni la mujer han alcanzado la plenitud de su desarrollo. La gimnasia y el deporte constituyen, además de lo dicho, un método de que la voluntad se acostumbre a la disciplina, sin que el individuo se dé cuenta de ello.

El recluta de reemplazo debe llegar a filas con la preparación espiritual necesaria para saber el papel que va a desempeñar y los sacrificios que se le pueden exigir; también con la más perfecta instrucción militar: una y otra han de constituir la mayor garantía de éxito si llega el momento de la prueba.

En cuanto al ejército profesional, debe vivir en absoluto al margen de las contiendas políticas: dedicado exclusivamente a su misión. Para ello es preciso que a sus com-

ponentes se les someta a un régimen de vida activa, a una disciplina rígida y a una ética severa. Al soldado habrá de dársele una consideración social de que hoy carece, vestirle bien, alojarle decorosamente, proporcionarle comida abundante y un sueldo que cubra sus necesidades: hay que procurar por todos los medios encuentre más agradable y cómodo el cuartel que la calle. En cuanto al Cuerpo de oficiales, no soy partidario constituya una casta—coto cerrado en medio de la sociedad que le rodea—, sino una corporación que, por su laboriosidad, conducta y virtudes cívicas, atraiga las simpatías del elemento civil. pues, en fin de cuentas, éste es el que ha de proporcionarle los medios para labrar su sólido prestigio.

Mi querido amigo y compañero de promoción, el comandante Rodríguez Urbano, en su última obra, expone algunas ideas que yo suscribo en su totalidad (1). Dice así:

“Los cuadros de mando de este ejército—del ejército que él preconiza—han de tener, antes de nada, el espíritu aristocrático de la profesión.”

Y luego añade:

“Si como dice Ortega y Gasset—en *La rebelión de las masas*—la sociedad humana es aristocrática siempre, quiera o no, por su esencia misma, hasta el punto que es sociedad en la medida que sea aristocrática y deja de serlo en la medida que se desaristocratice”, la sociedad “ejército” ha de serlo doblemente porque son los selectos—en el orden técnico—los que mandan y porque la superioridad, que en la vida civil pasa tantas veces inadvertida, está en aquél acompañada de los signos exteriores—hombres y je-

(1) *Polémica sobre el combate*, notable trabajo, al que ha puesto un admirable prólogo el ilustre escritor don José M.^a Salaverría.

rarquías—que al hacerse visibles obligan al acatamiento.

"Pero hay además otra razón. Como dice Von del Goltz en su obra *La nación en armas*, "el que esté acostumbrado a considerarse de ordinario como algo superior, se considerará también en la guerra obligado a hacer algo extraordinario. En cambio, el que se encuentre en posición subalterna, insignificante, muy rara vez se sentirá inclinado a señalarse por acciones brillantes. Los esclavos son siempre cobardes. Y la esclavitud de una triste posición no oprime menos que otra cualquiera. Priva al hombre del sentimiento de su dignidad, tan necesario para ejercer su autoridad en momentos difíciles, como lo es para la vida el pan de cada día".

"Es necesario que, en bien de la misión que ha de desempeñar, en bien de su propio país, esos cuadros de mando que no pueden disfrutar de grandes ventajas económicas ni de un porvenir brillante se sientan rodeados de honores y distinciones, de un ambiente de consideración que les haga vestir con orgullo el uniforme y esforzarse por hacerse dignos de las pequeñas preeminencias que les fueron otorgadas.

"Agrega el mismo tratadista militar: "Las ventajas que a la clase se concedan, vienen a representar un capital que rendirá grandes intereses. Hasta las ilusiones que el oficial se forja en su juventud, viéndose objeto de más honores y distinciones que las otras gentes de su edad, redundan sobre el campo de batalla en beneficio para la Patria. Su destino es mandar y conducir, y para llenarlo cumplidamente, debe sentirse orgulloso de lo que vale; nada importa que se halle penetrado de su dignidad y de su importancia algo más de lo que en otras circunstancias sería justo."

"Yo bien sé que criterio semejante está en abierta pugna

con las corrientes democráticas al uso, con esa fiebre igualitaria que ha invadido todas las capas sociales; pero por encima de ciertos postulados que sólo sirven para satisfacer el ansia de ilusión de las muchedumbres, debe estar la eficiencia de un organismo cuya misión es fundamental para la existencia del país.

"Solamente el espíritu aristocrático de la profesión militar llevado al límite y sostenido en tensión constante, el ambiente de consideración, de preeminencia honorífica en el exterior, y de rígida jerarquización en el interior, puede convertir a los cuadros de mando en minoría selecta dispuesta siempre a concentrar sobre sí deberes y sacrificios con afán de superación, de perfeccionamiento."

Factor económico:

Los armamentos son, desde luego, cosa cara; pero productiva. ¿Cuántos cientos de millones de pesetas y miles de vidas y hasta vergüenzas no se habrían ahorrado si el 9 de julio de 1909 hubiésemos dispuesto de un Ejército instruido, bien mandado y perfectamente dotado de material? Los armamentos resultan sobre caros insoportables si los presupuestos no se elaboran con escrupulosidad y se administran severamente.

En España, por lo que se refiere al presupuesto de la Guerra, los que estamos en el secreto de muchos detalles, no ignoramos que hay en él bastante de impropio, mucho de superfluo y más todavía de mal acoplamiento de cantidades; existen partidas que pudieran suprimirse y otras que cabría reducir en beneficio de necesidades ineludibles, hoy por hoy pésimamente atendidas. Sobran, pongo por caso, gratificaciones, dietas, viáticos y comisiones, y, en cambio, faltan caretas contra gases, fusiles ametralladores, cañones y hasta ropa.

Con lo que actualmente importa el presupuesto de la Guerra y sus apéndices de Clases Pasivas y Cria Caballar, podría mantenerse un ejército numeroso en hombres y espléndidamente dotado de material. Con sólo el presupuesto, sin aditamentos, según cálculos hechos *grosso modo*, tengo la evidencia de que podría atenderse con holgura al ejército profesional, hacer frente a los gastos originados por los contingentes de recluta obligatoria y hasta sería posible ir a la renovación paulatina del armamento y proceder a la adquisición del material que nos falta.

Señalar males sin apuntar remedios, es hacer crítica negativa. No es ése mi objeto. Por tal motivo me creó en el caso de dar unas orientaciones generales.

~~La implantación del ejército profesional permitiría en el acto la reducción de la Guardia Civil, hoy demasiado voluminosa por justificadas necesidades de todos conocidos.~~

Esta reducción llevaría consigo una gran economía. El ejército profesional, sobre ser apto para la guerra (la Guardia Civil no lo es), ~~constituiría una reserva utilizable en todo momento para el mantenimiento de la paz interior:~~ con él nada tendrían ~~que temer los Gobiernos de las violencias de extremismos histéricos.~~

Claro es que la primera medida para poder atender al aumento de haberes de la tropa—pues la reducción de unidades no bastaría—habría de ser la supresión a rajatabla de sinecuras y bicocas que, esparcidas a boleo y ocultas las más de las veces en el concepto general de los artículos del presupuesto, suman una respetable cantidad. Voy a citar, a título de muestra, tal cual caso concreto:

Figura en primer término la partida "Acción social", que, según me informan, asciende nada menos que a medio millón de pesetas; sobre esta partida nadie ha podido pe-

netrar en el secreto justificativo de su existencia: creo que nada sucedería si se suprimiera. Siguen luego las comisiones con pingües emolumentos que jamás terminan ni terminarán sus cometidos; pues, aunque la serie de números primos es ilimitada, los pícaros hombres han dado en la manía de no pertenecer a ella y está todavía por venir al mundo el cándido que retuerza el pescuezo a la gallina de los huevos de oro. Tampoco estimo indispensable mantener agregados en países donde, por su insignificancia militar, ninguna razón práctica abona su existencia, y aún podrían quitarse otros que, a pesar de residir en naciones que directamente nos interesan, por falta de preparación y desconocimiento del idioma están incapacitados para desempeñar con brillantez su cometido (1). También se me ocurre que nada se perdería con repatriar a los que estudian en centros de enseñanza extranjeros, ya que está demostrado sirve de muy poco la ciencia que nos importan; tal vez sería más fructífero y hasta más económico traer misiones integradas por personal selecto, como se ha hecho en otros ejércitos. Otro gran ahorro se lograría concentrando en el menor número de localidades y edificios dependencias desparramadas, con lo cual, además de aminsonar los gastos de material, la inspección del mando resultaría más efectiva y menos fácil que los destinados en ellas se limitasen a pasar por la oficina—no pocas veces a cientos de kilómetros de su residencia habitual—el día

(1) Sé de un oficial que, no obstante haber tenido siempre fama de ser muy arrimadito a la cola, fué obsequiado por el señor Azaña con un destino de esa índole en nación de la que desconocía el idioma. Menos mal que el chico marchó con tantas ganas de aprender ciencia militar, que, la primera vez que tuvo que asistir a unas maniobras, se quedó durmiendo la mañana, ante el asombro de los demás agregados militares.

y hora precisos para firmar la nómina, dando un ejemplo poco edificante a la masa ciudadana y pernicioso a sus propios subordinados.

Las medidas apuntadas y otras que podrían indicarse, entre ellas la de limitar los establecimientos de industria militar a las funciones que realmente deben tener—ya expuestas en un capítulo anterior—, proporcionarían un ahorro tan grande, que casi puede afirmarse con el importe de él habría para atender al personal y hasta sobraría para incrementar las partidas de adquisición de material y armamento.

El problema del material y armamento, dado el lastimoso estado en que nos encontramos, sería el más difícil que se presentara a quien acometiera en serio la empresa de arreglar nuestro Ejército. Quiero salir al paso de opiniones atrevidas y decir algo de lo que entiendo podría hacerse para ponernos en camino de una solución viable, dentro de las posibilidades de la nación.

De un tiempo a esta parte he oído hablar con insistencia sospechosa—quiero recordar algo dijo también de ello el señor Azaña—de la motorización o mecanización del Ejército. Es este asunto delicado e íntimamente unido al problema del carburante, que ni hemos resuelto ni llevamos camino de resolver. Pero aunque así no fuera, la conformación topográfica de nuestro territorio y la falta de vías de comunicación apropiadas constituyen serio obstáculo para la motorización o mecanización que pudiéramos llamar absoluta, aparte de que ésta, sobre ser cuestión más compleja de lo que algunos creen, no resuelve en la guerra el problema de los transportes; buena prueba de ello es que ningún ejército del mundo se ha pronunciado todavía por transformación tan radical. Inglaterra—que es la na-

ción que marcha a la cabeza de tales estudios—si ha constituido alguna unidad completamente mecanizada, lo ha hecho exclusivamente con carácter de ensayo, y hace sospechar que la experiencia no ha sido muy satisfactoria el hecho de que ninguna otra potencia militar se haya decidido a imitarla, ni siquiera en forma inicial, lo cual hubiera ocurrido si los primeros resultados de la experiencia hubiesen sido lo suficientemente concluyentes.

Lo expuesto me induce a afirmar que tanto el sistema hipomóvil como el mecánico han de ser necesarios en la guerra futura, y que en el empleo adecuado de cada uno está el acierto. Por ello, siempre que se resuelva el problema del carburante, ya sea por empleo de sustitutivo o garantía de abastecimiento, la lógica parece aconsejar lo siguiente:

a) Mecanización de los trenes regimentales de las unidades de Infantería y Caballería, conservando la tracción animal y el transporte a lomo en los de combate, salvo en los batallones ciclistas y regimientos de carros, que deben estar completamente mecanizados. Las tropas de montaña forzosa y exclusivamente han de utilizar ganado para sus atenciones.

b) Tracción hipomóvil en Artillería ligera de campaña, incluso en los segundos escalones. Los trenes regimentales, parques divisionarios, de cuerpo de ejército y ejército, Artillería de gran potencia y antiaérea, totalmente mecanizados.

c) Mecanización parcial, análoga a la de la Infantería, en las unidades de Ingenieros. Los parques divisionarios y superiores, totalmente mecanizados.

d) Los servicios de Intendencia y Sanidad, mecanizados, hipomóviles o mixtos, según su cometido.

Por lo que se refiere al arriamiento, habría que acometer el problema en toda su extensión, facilitando a las divisiones de primera línea y luego a las de reserva, el necesario. Un fusil semiautomático para la Infantería es indispensable (1).

Abarcados en su aspecto económico los problemas del armamento y material, desde luego habría que ir—porque ambos son apremiantes—a una operación de crédito de relativa importancia, sin perjuicio de consignar en los presupuestos ordinarios unos cincuenta millones anuales (no mucho más de lo que hasta hoy se ha invertido en tales atenciones, teniendo en cuenta los suplementos extraordinarios que constantemente, antes del establecimiento del Consorcio, se han otorgado para que las fábricas militares pudiesen funcionar). Esta operación podría hacerse a largo plazo, sin perjuicio de que la totalidad de los encargos se entregasen por las fábricas al Estado lo antes posible.

Cuanto llevo dicho se refiere exclusivamente al ejército peninsular, es decir, sin contar nuestra Zona de Protectorado y los archipiélagos de Baleares y Canarias. En Marruecos sería lo más práctico un sistema de voluntariado—europeos e indígenas—, y análogo al de la Península en los otros puntos.

Es de mi deber advertir no admite demora poner en estado de defensa el archipiélago balear: artillar sus costas sin regateos y con toda urgencia; establecer una o dos ba-

(1) Por razones de orden técnico y moral, que no entra en este libro exponer, la fisonomía del combate, tal como se concibe en la actualidad, ha de sufrir una completa transformación. Ello me induce a recomendar, anticipándome a un hecho que habrá de producirse, la adopción de un fusil semiautomático, no aconsejando el automático, porque veo aún lejana la solución satisfactoria del problema del municionamiento en la batalla; pero no dudo que todo se andará.

ses aéreas y fuertes depósitos de municiones; disponer un completo plan de transportes, etc., y aparte todo esto, organizar las unidades que lo guarnecen en forma de que en un plazo de horas pudieran movilizarse y acudir a los puntos que el mando militar tuviera previstos; pues cualquiera acción sobre dichas islas habría de producirse por sorpresa. Una intensa preparación militar, una constante vigilancia marítima y un régimen severo de investigación sobre las actividades de cierta gente y de admisión de extranjeros son indispensables, desde hoy mejor que desde mañana, y así creo lo juzgará el Gobierno actual, que cuenta con más medios de información que yo (1).

(1) A título de curiosidad y para que el lector no juzgue infundados mis temores, a continuación le sirvo un telegrama, publicado en el número de *A B C* correspondiente al 7 de noviembre de 1933. Dice así:

“Bajo el título “¿España puede permanecer neutral?”, publica *Le Journal* el siguiente texto:

“Se discute mucho en Alemania, en estos momentos, la suerte que correría el litoral catalán y el archipiélago balear, en caso de un conflicto armado europeo. Las recientes manifestaciones francófilas, en las exequias de Blasco Ibáñez, han dado a cuidar este problema, el cual ha alcanzado, por otra parte, su punto culminante, gracias a la publicación de un libro del historiador barcelonés Nicolau Rubio. Examina éste largamente la cuestión, y, al declarar que, como las naciones que entran en guerra no dejarían de hacer entrar el litoral y las islas en sus combinaciones estratégicas, la solución que se impone es la neutralización de aquellos lugares. Esta conclusión está siendo ásperamente discutida a un lado y a otro de los Pirineos. El diario *El Independiente*, de Perpignan, después de subrayar que las simpatías republicanas de Cataluña se dirigen a las naciones amenazadas más o menos visiblemente por los regímenes dictatoriales, expone que el señor Maciá, cuando estuvo proscrito, y redactaba en su Cuartel general de Bois-Colombes el Estatuto de Cataluña, escribió también una circular, en la cual había previsto el caso e indicaba particularmente que, si cualquier potencia enemiga de Francia se instalara en las Baleares, todas las comunicaciones entre la metrópoli

De este asunto, aunque sé más, no estimo oportuno decirlo. Doy la voz de alerta. A otros corresponde contestar, para tranquilidad de todos: "¡Alerta está...!"

* * *

Algo podría decir sobre la reorganización de la Marina de guerra, hoy en situación más deplorable que nunca; mas como no soy hombre de mar, dejo el tema para que lo desarrolle con más conocimiento e infinitamente mayor acierto alguno de los brillantes jefes con que cuenta todavía el Cuerpo general de la Armada, no obstante cuanto se ha hecho para acabar con ellos.

y las colonias serían irremisiblemente cortadas. Maciá preveía una alianza entre Cataluña y Francia, y, descubriendo el fondo de su pensamiento, proponía que se ofreciera a los franceses la base de Mahón. Estas declaraciones inéditas están siendo muy comentadas".

Le Journal termina diciendo: "Es muy bonito reclamar la neutralización de las Baleares y de las costas catalanas; pero, ¿quién haría respetar esta neutralidad?"